

«¡Ay! ¿qué somos nosotras? Nada más que átomos, en comparación de aquellas grandes y santas religiosas.» Quiso también que le leyeran el capítulo de la muerte de San Francisco de Sales, para conformarse con él en la muerte como en la vida. Se le leyó también un capítulo del libro IX de la *Práctica del amor de Dios*, y cuando llegaron á aquel pasaje en donde dice el bienaventurado: «Mi madre ó yo, porque todo es uno, estamos enfermos; debo estar indiferente mirando la voluntad y la bondad de Dios,» miró con dulzura á la Duquesa de Montmorency, que lloraba, y la dijo apretándole la mano: «Esto es para vos.» Poco después, cuando le leían en las *Confesiones* de San Agustín la relación de la muerte de Santa Mónica, donde, entre otras cosas, dice que no se afligía por morir lejos de su país, dijo con mucha gracia: «Esto es para mí.»

A medida que se acercaba la muerte, su corazón, tan tierno y tan fuerte, tomaba un no sé qué de más tierno y más afectuoso, y brotaban de su hermosa alma palabras de una elevación y belleza incomparables.

En esto fué amaneciendo, y antes que la comunidad se levantase, hizo retirar á las Hermanas que la asistían, y quedándose sola con la Duquesa de Montmorency, le habló largamente de su vocación religiosa, rogándola de nuevo que no enriqueciese el monasterio, que volviese sus bienes á su familia y se diese enteramente á Dios. Después de esto, sintiéndose muy debilitada: «Adiós, señora—le dijo;—es menester separarnos; acordaos alguna vez de mí.»

Recibió la Extremaunción á eso de las nueve de la mañana, con todo su conocimiento y admirable fervor, respondiendo por sí misma á todas las oraciones. Después de la ceremonia, habiéndose arrodillado las Hermanas, y pidiéndole el Padre de Lingendes que les diese su bendición, lo rehusó al pronto, pero estrechada por la obediencia, juntó las manos, y levantando los ojos al

cielo, «Queridas Hijas mías—les dijo entonces;—esta es la última vez que os hablo, porque tal es la voluntad de Dios. Os recomiendo con todo mi corazón el respeto y la obediencia á vuestros superiores, mirando á Nuestro Señor en ellos. Estad perfectamente unidas unas con otras, pero con la verdadera unión de corazones.» Y repitió muchas veces estas palabras: «Pero con la verdadera unión de corazones. Vivid en grandísima sencillez y observancia; por este medio atraeréis sobre vosotras las bendiciones de Dios. Ruego á la divina misericordia que la derrame sobre todas las Hijas de la Visitación.» Y después de haberlas bendecido añadió: «Hijas mías, no hagáis caso ninguno de las cosas de este mundo y de esta vida que pasa; pensad á menudo que un día os encontraréis como me véis á mí ahora.»

Todas las Hermanas estaban conmovidas, y se deshacían en lágrimas. La Santa, llena también de emoción, hablaba con ardor: visto lo cual por el Padre Lingendes, quiso poner fin á una escena que agotaba las pocas fuerzas de la moribunda, é hizo seña á las Hermanas para que se retirasen. «Es menester, pues, separarse—dijo la Santa;—es preciso darnos el último adiós.» Todas se acercaron entonces una á una para besarla la mano, y la moribunda las miraba con ternura de Madre, diciendo á cada una alguna palabrita al oído para su perfección.

Desde entonces esta santa alma ya no habló más que de Dios. Sus miradas se fijaban alternativamente en Jesús crucificado y en María Santísima, cuyas imágenes tenía colgadas en las cortinas de su lecho. Se le leyó la Pasión de Nuestro Señor en francés y la profesión de fe según el Concilio de Trento, y protestó que creía firmísimamente todo lo que en ella se contiene, y que daría su vida por sostenerlo. Decía á menudo: *María, Mater gratiae*, etc. Mientras que á petición suya le recomendaban el alma: «¡Oh Dios mío—exclamó,— qué hermosas

son estas oraciones!» Deseó luego estar un rato sola, pero al instante hizo llamar al confesor. «¡Oh Padre mío—le dijo,—qué terribles son los juicios de Dios!» Le preguntó si tenía miedo. «No — dijo; — pero os aseguro que los juicios de Dios son terribles.» Y volvió á quedar en silencio.

A eso de las cinco de la tarde volvió á entrar la comunidad para hacer de nuevo la recomendación del alma. La Santa estaba muy débil y el médico había dicho que la restaban pocos instantes de vida. Una Hermana se acercó y le preguntó si sufría mucho. «¡Oh! sí; pero ¿qué es esto comparado con lo que Jesús padeció por mí?» El Padre de Ligendes la dijo: «¿Habéis pensado, Madre mía, en la bondad de Dios? Es tan grande, que así como El es quien nos ha dado el alma por amor, por amor también viene á buscarla. — ¡Oh—dijo estremeciéndose de alegría—cuán dulce es este pensamiento!»

Le pusieron entonces una vela encendida en la mano izquierda, tomó en la derecha su Crucifijo y el saquito que llevaba siempre colgado al cuello, el cual contenía sus votos escritos con su sangre, su profesión de fe y las últimas instrucciones de San Francisco de Sales, y así adornada, sentada en su cama, siguió las oraciones de la recomendación del alma. Cuando se acabaron suspiró un poco. «Madre mía—le dijo el P. de Ligendes,— estos grandes dolores que sufrís, son los clamores que preceden á la venida del Esposo. Ved que viene ya. ¿No queréis ir á recibirle?—Sí, Padre mío, ya voy. ¡Jesús, Jesús, Jesús!» Y diciendo estas palabras entregó su alma á Dios. Eran las seis y media de la tarde del viernes 13 de Diciembre de 1641.

Cuando la Madre de Chantal estaba en la agonía, le preguntaron: «¿No esperáis que San Francisco de Sales salga á recibirlos?—Sí, cierto—respondió,—lo espero, porque me lo ha prometido.»

No se engañaba; en el momento en que cerró los ojos, San Francisco de Sales bajaba del cielo para ir á su encuentro. Fué el ángel que Dios envió para recoger esta hermosa alma y llevarla á la gloria. Y Dios quiso que un Santo que había amado mucho á los dos, asistiese á su encuentro. Escuchémosle.

«No tengo duda ninguna—escribe San Vicente de Paúl—que un día manifestará Dios la santidad de la Madre de Chantal, como sé que lo ha hecho ya en muchos lugares del reino y de muchas maneras, de las cuales podré decir una que ha sucedido á persona digna de fe, que querría morir antes que mentir. (Habla de sí mismo.)

Esta persona recibió la noticia de que se hallaba á los últimos nuestra difunta, y se puso de rodillas para rogar á Dios por ella; y el primer pensamiento que le ocurrió fué hacer un acto de contrición por las culpas que aquélla hubiera cometido, y sobre todo por las más comunes y habituales, é inmediatamente después se le apareció como un globo pequeño como de fuego, que se elevaba desde la tierra y se iba á unir á la región del aire á otro globo más grande y luminoso, perdiéndose los dos al unirse con otro mayor y más resplandeciente; después se le dijo interiormente que el primer globo era el alma de nuestra bienaventurada Madre, el segundo la de nuestro bienaventurado Padre, y el último la Esencia divina: que el alma de nuestra digna Madre se había reunido á la de nuestro bienaventurado Padre, y los dos á Dios, su soberano principio.

»Además, la misma persona, que es un sacerdote, celebrando la santa Misa por nuestra digna Madre, en cuanto supo la noticia de su feliz tránsito, y llegando al segundo *Memento*, donde se ruega por los difuntos, pensó que haría bien en rogar por ella, pues tal vez estaría en el purgatorio por motivo de ciertas palabras que había dicho, y en las cuales podía haber algo de pe-

cado venial; y en el mismo instante volvió á ver la misma visión con los mismos globos y su misma unión, quedándole una interior convicción de que esta alma era bienaventurada, y que no tenía necesidad de oraciones: todo lo cual se imprimió tan fuertemente en el alma de este sacerdote, que le parece verla en este estado siempre que piensa en esta digna Madre.

»Lo que podría hacer dudar de esta visión es que esta persona—añade—aprecia tanto la santidad de la venerable Madre de Chantal, que jamás lee sus *Respuestas* sin llorar, por la opinión que tiene de que Dios le ha inspirado lo que contienen, y que esta visión es, por consecuencia, un efecto de su imaginación; mas lo que le hace pensar que es una verdadera visión, es que no suele tenerlas ni ha tenido nunca otra que ésta. En fe de lo cual he firmado ésta por mi mano, y la he sellado con nuestro sello (1).»

San Francisco de Sales, viniendo á recibir á la Madre de Chantal, y San Vicente de Paúl de pie en el santo altar asistiendo arrebatado á esta unión, ¡qué coronación tan admirable para la hermosa vida que acabamos de contar!

En cuanto expiró la Santa, la Duquesa de Montmorency la cerró los ojos y la besó los piés, que regó con sus lágrimas. Besó también con profundo respeto el Santísimo Nombre de Jesús, que la bienaventurada había grabado sobre su corazón. Todas las Hermanas hicieron lo mismo. Se abrió el saquito y se leyeron en alta voz, y en presencia de sus restos venerables los santos votos, las protestaciones de fe, las oraciones y acciones de gracias que la Santa había escrito y firmado con su sangre, las unas en Dijón sobre el altar de Nuestra Señora d'Etang, las otras en San Claudio, en Annecy, en París,

(1) *Proceso de canonización de la Madre de Chantal.*—Carta de San Vicente de Paúl á las hijas de la Visitación.

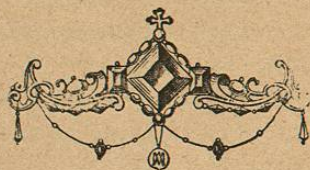
en Lyon: monumentos de la gracia de Dios sobre una alma privilegiada. La Duquesa de Montmorency hizo embalsamar este santo cuerpo, y estuvo expuesto por dos días en la capilla, próxima á la reja; un gentío inmenso fué á verle, y le hicieron tocar rosarios y lienzos, después de lo cual mandó la Duquesa que este santo cuerpo fuese inmediata y secretamente llevado al monasterio de Annecy, donde la Santa había dicho que ría descansar, cerca del cuerpo de su bienaventurado Padre.

Pero para indemnizarse del sacrificio heróico que hacía cediendo el santo cuerpo, y á fin de consolar á las religiosas de Moulins, quiso la Duquesa conservar el corazón de la bienaventurada, y le hizo colocar en un gran relicario de plata, adornado de pedrería y sostenido por dos ángeles. Este corazón se colocó en un altar en el cuarto de la Madre de Chantal, transformado en oratorio, junto al lecho en donde había muerto la Santa, el cual se conservó con la mayor estimación. La Duquesa de Montmorency pasaba allí largas horas en oración, y besaba con respeto la cama «donde había visto—decía—cómo mueren los santos.»

Esta cama existe todavía. No está ya en el monasterio de Moulins, que las desgracias de los tiempos han profanado, ni en el cuarto en que murió la Santa, y que no es ya capilla; está en Nevers, adonde se retiraron en nuestros días las Hermanas de Moulins, y la conservan como un tesoro. Es imposible ver y contemplar aquella cama de madera, aquel mismo jergón, aquel duro cholchón, y aquellas colchas y mantas groseras, sin sentir la conmoción más profunda.

Todo lecho de muerte es sagrado; pero el que ha recibido el último suspiro de un santo, que oyó sus últimos actos de adoración, de fe, de humildad, de menosprecio de la tierra, los mayores y más hermosos de todos; donde se consumió en el fuego del amor el holocausto

de una vida ya inmolada por el ardor del arrepentimiento; en donde el alma, desechando los restos de su mortalidad, se lanzó viva y alegremente hacia Dios que la esperaba, ¡oh! semejante lecho es un altar, adonde se acerca uno con respeto, y se retira recogido y lleno de emoción, no habiendo nada que diga al alma con más elocuencia cómo es preciso vivir y cómo se debe morir.



## CAPITULO XXXV

### Canonización de la santa Madre de Chantal.

EL cuerpo de la Madre de Chantal llegó á la ciudad de Annecy el 30 de Diciembre de 1641. Desde Moulins á Lyon, los encargados de la conducción del fúnebre convoy por la Duquesa de Montmorency, habían ejecutado fielmente sus órdenes, y viajado rápida y secretamente. Sobre todo, pasaron por Lyon apresuradamente y de noche, de suerte que los dos monasterios de esta ciudad ni aun sospecharon que el cuerpo de su santa Fundadora pasaba por delante de su puerta. Pero al salir de Lyon, y ya en camino para Soboya, las personas á quienes la Dupuesa había encargado este tesoro creyeron que ya no había peligro, y andando más despacio y con menos discreción, dejaron traslucir su secreto. Desde aquel momento, el viaje fué un verdadero triunfo. En Montluel, el pueblo acudió en tropel á la iglesia de la Visitación, y las Hermanas pasaron la noche en oración alrededor de aquella querida caja. En Belley, el Illmo. Sr. Camús salió de la ciudad vestido de Pontifical, acompañado de su clero, precedido de la música, seguido de un gentío inmenso que llevaba luces y fué á esperar en el camino las santas reliquias de la venerable Madre. En Lambert, Seissel y Rumilly se aumentó el gentío. En todas partes tocaban las campanas, y las iglesias se cubrían de luto; las ciu-